

dida de los Vocales de esta Comisión, Sres. D. Rafael Blanco y Criado y D. Manuel González Guevara.

Tales han sido los trabajos de la Comisión provincial de Monumentos de Córdoba en el período que esta Memoria comprende.

Córdoba, 15 de Marzo de 1904.

El Vocal Secretario,

ENRIQUE ROMERO DE TORRES.

---

#### IV.

#### SOBRE DECLARACIÓN DE MONUMENTO NACIONAL AL TEMPLO DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

La Real Academia de la Historia ha examinado con la mayor atención la solicitud dirigida á S. M. el Rey (q. D. g.) por el Reverendo Arzobispo de Zaragoza en súplica de que el templo de aquella ciudad, dedicado al culto de Nuestra Señora bajo la advocación del Pilar, sea declarado monumento nacional.

En ese examen, todo lo minucioso y detenido que su importancia exige, la Academia tenía que considerar que, perteneciéndole tan solo el estudio de aquella ingente fábrica en el concepto de su mérito histórico, en él debía fijarse exclusivamente, ya que para el del artístico tiene el Gobierno cuerpos especiales con carácter y atribuciones á que es ajena esta institución, dedicada al esclarecimiento y la propagación de la historia patria.

Y ciertamente que en el presente caso se abría ante la Academia ancho campo en que, no espigar, sino recoger, ya segada, copiosísima mies de interesantes datos.

Consideraciones de alto valor dan al templo de Nuestra Señora del Pilar, de Zaragoza, la condición de monumento histórico, tan de apreciar en el caso presente, recordando los efectos

que ha producido el culto á que está destinado, revelando cuán patriótica, cuán gloriosa y útil ha sido la acción de nuestros antepasados al dejarse llevar del fervoroso entusiasmo que inspiran el culto á la Virgen patrona de la ciudad del Ebro, basado en antigua y piadosa tradición, y el templo, antiguamente llamado de Santa María la Mayor, cuya existencia, ya en los comienzos del siglo XII, demuestran documentos irrefragables; porque si antes Pontífices y Soberanos se apresuraban á visitar, reverenciar y rendir homenaje á aquel símbolo de la protección divina á la tierra aragonesa y á sus hijos, lo mismo en sus jornadas de Valencia, Mallorca y Sicilia que en las cumbres del Tauro y en la Acrópolis de Atenas, donde se invocaba como signo de victoria, hoy sigue su templo siendo meta de peregrinaciones en que solicita, no ya solo salud para los enfermos y paz para los afligidos, sino valor, constancia y fortuna para los defensores de la patria. Y si la iglesia del Pilar no tiene historia en concepto de reducto ó ciudadela, de fortaleza más ó menos inexpugnable por su situación, fábrica ó destino, la ha adquirido, y con justicia, por los, aunque tristes en alguna ocasión, abundantes frutos de gloria que ha proporcionado á la ciudad en que se levanta y á los habitantes que á su vista han realizado hazañas y ofrecido sacrificios, cuya memoria no se perderá, de seguro, en la obscuridad de los tiempos.

En la tarde del terrible 4 de Agosto de 1808, siete zaragozanos del barrio de la Magdalena, próximo al Pilar, regidos por el lego de un convento, «ofreciéndose, cual dice el insigne historiador Schepeler, en holocausto á la patria como los espartanos de las Termópilas», hacen frente á una columna muy numerosa de franceses que ya se creían dueños de la ciudad, la detienen por el pronto y, seguidos, á los pocos momentos y á su ejemplo, de otros paisanos y algunos jefes militares, la arrollan, y, á costa de su vida, pues casi todos perecieron, la derrotan y obligan á acogerse al abrigo de las primeras posiciones conquistadas aquella mañana por todo el ejército imperial.

¿Cuál es su grito de guerra? ¿Cuál? ¡El de la Virgen del Pilar y Zaragoza!, como en la Anatolia y la Armenia, en Galípoli y

Atenas, el de Aragón y Santa María. Y cuando á fuerza de tantos heroísmos, de tantos otros sacrificios de sangre y bienes se logra el levantamiento de aquel primer sitio, ¿adónde se dirigen el pueblo de Zaragoza, sus autoridades y los pocos soldados que han ayudado á la defensa, sino al templo de la Virgen del Pilar, á cuya intercesión proclaman todos deber su esplendorosa, pudiera decirse su milagrosa victoria?

¡Cuál, pues, no sería la confianza que en esa intercesión abrigaría Zaragoza para arrostrar los peligros con que amenazaban las iras de Napoleón y de sus legiones, nunca vencidas hasta que nuestros soldados las derrotaron en Bailén, nuestros campesinos en El Bruch y los inermes, pero entusiastas pueblos, en Valencia y Zaragoza! Y ¡qué fe no inspiraría á los aragoneses la devoción á su sacratísima Patrona!

Muchos ejemplos se podrían citar del arraigo que sucesivamente ha ido adquiriendo esa fe en las márgenes del Ebro, de los que nos han dado testimonio irrecusable no solamente los cronistas españoles más conspicuos, sino los extranjeros que, para conmemorarlos y admirar sus efectos en nuestras luchas internacionales, han tenido que estudiarlos y juzgarlos con la mayor escrupulosidad. Los franceses particularmente, enemigos y todo en aquella lucha homérica, de que cada narración se hace una epopeya tan sublime como los hechos que la constituyen, los franceses, como los alemanes y polacos sus aliados, camaradas suyos en los sitios de la inmortal ciudad á principios de la anterior centuria, llenan, hasta con entusiasmo militar, sus escritos de anécdotas dirigidas á inculcar en sus lectores la idea de los esfuerzos y trabajos empleados; los estragos que causaban los tormentos y las minas; los peligros que se corrían en la conquista de cada ruina, de cada calle ó plaza cubiertas de barricadas ó de escombros de los edificios más soberbios; la de la resistencia, en fin, opuesta por soldados y paisanos, si llenos de ardimiento patriótico, solicitando á voces la intercesión de la Virgen del Pilar y siempre seguros de alcanzarla. Solo así puede comprenderse una defensa llevada á extremos que constituyen la gloria de Sagunto, Numancia y Calahorra en la antigüedad,

y Gerona, solo Gerona, así como celosos su pueblo y sus presidiarios, de la de Zaragoza. Y la Virgen del Pilar era la que inspiraba tan heroicos sacrificios, y su templo servía tanto como de oratorio para ofrecerlos, de abrigo y de refugio donde buscar la paz del espíritu y la muerte que fuera se cernía implacable sobre los que se atrevían á hacerle frente con el fusil ó el cuchillo. Aquellos episodios que, entre otros franceses, el general Lejeune pinta con tan tristes colores para confirmar la fe de los zaragozanos que, según el concienzudo historiador alemán Schepeler, decían que «el ángel de Dios protegía el santuario de María», y en la historia del primer sitio por el inglés Vaughan, también protestante, que combatió allí en favor de España, se antepone al grito de ¡Viva Palafox! el de ¡Viva la Virgen del Pilar!, se ven confirmados por otro testigo presencial y actor en muchos de ellos, el coronel Casamayor. «Es imposible, dice en su Diario, escribir cuanto en este día (28 de Febrero de 1809) ocurrió en tan críticas circunstancias, pues solo el aspecto que presentaba la santa iglesia de Nuestra Señora del Pilar no hay pluma que la describa: allí acudió todo el pueblo á implorar su divino favor y al mismo tiempo á refugiarse todo pobre desvalido; y aunque hace ya algunos días que aquel santo templo es el común refugio, en éste se aumentó notablemente, en términos que llegó á ser como la Piscina universal, adonde acudieron todo género de dolientes, hasta irse los enfermos con sus camas á esperar el alivio de sus dolencias, cuya catástrofe conmovía la compasión más inexplicable.»

Y esa, aunque sucinta y reducida á algunos episodios, así de los tiempos antiguos como de los modernos, ¿no es historia fundada en la influencia ejercida en Aragón y extendida á toda España por la existencia del templo que contiene en su recinto la imagen de la Reina de los Cielos, con la advocación, bien histórica también, del Pilar de Zaragoza? Este nombre solo, que produce en todas las regiones del mundo moderno la admiración, mejor aún, el pasmo que los de Sagunto, Numancia y Jerusalén en el antiguo, no es posible que se borre en la historia de nuestra patria, por muchos que sean los días de desgracia y aun de

desesperanza que hayan de transcurrir; y el espectáculo y, cuando no, la memoria de aquella imagen y del santuario en que se venera, han seguramente de servir de estímulo, de aguijón punzante para que se repitan en las más críticas circunstancias las maravillosas hazañas que han ilustrado nuestros gloriosos anales. La Virgen del Pilar es el *Paladium* de Zaragoza; que si los troyanos defendieron el suyo de todas las fuerzas reunidas de Grecia, los aragoneses lo defendieron contra las de Napoleón, que regía entonces, puede decirse, que todas las de la Europa continental.

No es así de admirar la frase que se acaba de publicar en un libro que lleva el título de *Napoléon raconté par Chateaubriand*, y en que el autor de las *Memorias de Ultratumba* exclama, al recordar la defensa de Zaragoza: «Y las ruinas de Sagunto aplaudieron.»

A esta Academia no le corresponde formular juicio sobre el mérito artístico del templo del Pilar; pero no por eso ha de dejar de llamar la atención sobre el escrito presentado por el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Zaragoza, en que, aun cuando en breves frases, enumera las bellezas artísticas que se ofrecen á la vista en altares, coro y bóvedas de aquella ingente fábrica. Pero sea ó no grande el mérito del gran cuerpo de la iglesia, la santa capilla en que se venera la sacratísima imagen de la Virgen y su milagrosa columna, construída por el eximio maestro D. Ventura Rodríguez, encierra además objetos de devoción y de arte, verdaderamente históricos y de tal valor, que ella sola basta para aconsejar no se consienta la ruina de tan interesante monumento en su totalidad.

Hay que sostenerlo, y como si no habría que fabricar uno nuevo, y ese puede darse por mucho más difícil, si no imposible, conviene optar por la primera de esas resoluciones, por ser más práctica y más económica.

La Academia, pues, opina por que se acepte la propuesta del Arzobispo de Zaragoza, declarando así monumento nacional el templo de Nuestra Señora del Pilar, tanto por satisfacer á la condición de histórico como porque la devoción universal á